

(Continuación)

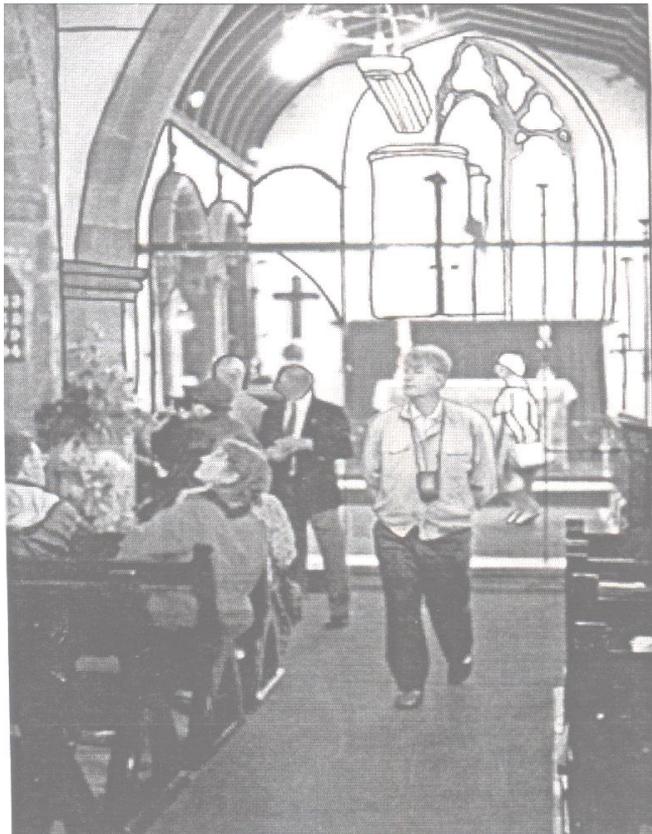
I. UNA LUZ ENTRE LAS TINIEBLAS

Jorge Fox nació en Julio de 1624, en el pueblo Fenny Drayton, Leicestershire, Inglaterra, y murió en 1690. Creció en una familia de la clase media, con su padre Cristóbal Fox, un tejedor que, por su carácter cristiano de rectitud, le llamaban “Cristóbal el Justo” (The Story of Quakerism, p. 15) y, su madre, fue María Lago de Fox, quien descendía de una familia de mártires, ella misma siendo perseguida por la iglesia católica. Era una madre muy tierna y compasiva. Su influencia era grande en el hogar y en la iglesia, con la característica abnegación y celo de los Puritanos, lo cual se reflejó mucho en las actitudes de su hijo Jorge. Desde sus primeros años de juventud, Jorge principió a aprender el oficio de zapatero, pero, a la vez, le gustaba mucho cuidar ovejas en el campo y negociar la lana. Desde su niñez, aprendió a guardar su lengua y hablar sólo la verdad (Diario de Jorge Fox, p. 1-2).

Siempre acostumbraba asistir a la iglesia en compañía de sus padres, hasta la edad de 19 años cuando, repentinamente, dejó de hacerlo, en un sentir de preocupación, confusión e intranquilidad espiritual. No podía tolerar la ausencia de vidas verdaderamente transformadas y santas en los creyentes profesantes de su época. Para él, todas aquellas ceremonias realizadas en la iglesia, no representaban ningún valor, porque era sólo un formulismo, sin resultados prácticos. La vida cristiana así, no tenía valor para él (The Rich Heritage of Quakerism, p. 15). ¿De qué podría servirle a un individuo repetir oraciones, si éstas no eran contestadas por Dios?, o ¿de qué podría servir una liturgia bien elaborada, si no satisfacía las necesidades espirituales de los hombres. Éstos eran sus pensamientos de la cristiandad de su día.

Una vez, al estar comerciando en el mercado, el profesor Brádford, primo suyo, y otro, le invitaron a ir a beber un vaso de cerveza, y Jorge fue con ellos. Cuando habían bebido un vaso, uno de ellos retó a los otros

dos, diciendo que, al que dejara de beber primero, le tocaría pagar la cuenta de los tres. Esto le disgustó mucho a Jorge, porque esos dos jóvenes profesaban la fe cristiana, y esto indicaba que sus corazones permanecían aún en pecado. Se levantó enojado, y se fue, dejándolos solos. Al llegar a casa, oró, y Dios le habló con estas palabras: “Tú ves cómo los jóvenes van unidos a la vanidad, y los viejos al sepulcro; tú tienes que abandonar a todos, viejos y jóvenes y, separándote de ellos, ser como un extraño entre todos” (Diario de Jorge Fox, p. 3).



F. 5, Templo Anglicano, en Fenny Drayton, donde Jorge Fox Creció.

Su vida aumentaba cada instante en preocupación e inquietud. Mientras tanto, sus parientes trataban de encontrar alguna forma de ayudarlo. Unos le aconsejaban que se alistara en el ejército; otros, pensaban que era mejor que se casara. Pero, todo eso no le llamaba la atención. Aún se puede mencionar al ministro anglicano de su pueblo, quien le aconsejó que fumara tabaco y cantara salmos (Diario de Jorge Fox, p. 5). Su sed espiritual llegó a ser tanta que, un día de 1643, cuando tenía 19 años, decidió abandonar su hogar, y se retiró a vagar por los pueblos, aldeas, y montes, sin rumbo. Vagaba callado, pensativo, sin amistarse con nadie, ni contar sus problemas; pero, siempre permanecía estudiando la Biblia, porque ésa era la raíz de su inquietud: que la religión de su pueblo, no era la que él encontraba en las Escrituras. Por semanas, meses y años, se acercaba a hombres religiosos prominentes, en busca de ayuda, pero, nunca la pudo encontrar. Sus preguntas eran profundas, y nadie las podía responder. Mientras tanto, su sed aumentaba, y él se convencía más y más de que ningún ministro religioso tenía la respuesta para él. En 1646, Dios le enseñó que Él no habita en templos hechos de mano, sino en los corazones de los hombres y, mucho después, escuchó la voz de Dios que le decía: “Aún hay uno, Cristo Jesús, que puede hablar a tu condición” (Through Flaming Sword, p. 19). Con esto, Jorge Fox sintió que un nuevo rayo de luz había llegado para iluminarle. Dios luego le mostró que hay un océano de tinieblas y muerte, pero, a la vez, hay un infinito océano de luz y amor, que sobrepasa al de las tinieblas.

Fue en el año 1647 que, a la edad de 23 años, comenzó su tarea de predicar entre los Puritanos de Manchéster, y varios fueron convertidos. Entre ellos tenemos a Elizabeth Hooton, quien llegó a ser la primera mujer predicadora ambulante, pues Jorge abrió el camino para el ministerio y dignidad de la mujer. Fue aquí, donde encontró a sus primeros oponentes, porque comenzaba a predicar la perfección Cristiana, diciendo que todo individuo puede ser completamente libertado del mal. Por su parte, los Puritanos insistían en que el creyente continúa cometiendo pecados, a la vez que hace el bien. Pero, Jorge,

había creído la Escritura que dice: “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (I Juan 3:8). Pronto, muchos Bautistas, Independientes y otros, comenzaron a experimentar una verdadera salvación en Cristo, y se fueron reuniendo en grupos, que se hacían llamar a sí mismos: “Hijos de Luz” o “Amigos de Verdad” (The Rich Heritage of Quakerism, p. 16) y, posteriormente, “Amigos de Dios”.



F. 6, Reunión Silenciosa de los Cuáqueros Antiguos

Ese mismo año, fue cubierto por una gran nube de tentación que le dijo: “Todas las cosas vienen por la naturaleza”; pero, pronto resplandeció sobre Él la luz de Dios, oyendo una voz que le dijo: “Hay un Dios vivo que ha hecho todas las cosas”. Por esto, Jorge alabó a Dios (The Rise of the Quakers, p. 28).

En 1648, ya no había sólo un grupo, sino varios, quienes predicaban al aire libre y, también, dentro de los templos anglicanos, o “casas con campanario”, como les llamaba Jorge Fox (The Rich Heritage of Quakerism, p. 19). Él afirmaba que los templos no son iglesias porque, la Iglesia verdadera de Cristo, está formada por todos los que han sido realmente lavados por la sangre de Él. Es por eso, que prefería llamarles “Casas con campanario”. Dios también le mostró que la luz de Cristo alumbraba a todo hombre, dándole la capacidad de buscarle y alcanzar la salvación, sin la intervención de ningún ministro, ni otra persona humana.

Más tarde, comenzó a abogar por la justicia social, pues la discriminación en Inglaterra era enorme. Él dijo que Dios le prohibió quitarse el sombrero delante de los hombres, porque eso se hacía para incrementar la soberbia humana, ya que la gente acostumbraba quitarse el sombrero sólo en honor a los hombres nobles, pero no lo hacían delante de los humildes. Por la misma razón, también insistió en que los creyentes deberían usar el equivalente del trato de "tú" y "ti", en vez de "vos", porque el trato de "vos" se había originado para enorgullecer a los hombres. Las palabras “tú”, “ti” y “vos” equivalen exactamente a “Thou”, “Thee” y “You” del Inglés, que son las que usó Jorge. Porque "vos" es plural y, aplicado a una sola persona, quiere decir que ésta vale por muchas más. Éste trato orgulloso lo usaban sólo para los nobles y, a los plebeyos, les trataban de “tu”. Así, si los creyentes no hacían distinción en el trato, todos podrían verse con igualdad, tal como lo son delante de Dios. También se opuso con los suyos a los deportes, música, baile, danza o ballet. Sentía que ninguna de estas cosas estaban en línea con la reverencia y quietud del cristiano (Diario de Jorge Fox, p. 24). Pero, algo que sí revolucionó al mundo, y le hizo acarrearle gran persecución, fue el hecho de oponerse al ritualismo religioso de su época. Él estaba convencido de que los religiosos de su tiempo eran iguales, o peores, que los fariseos del tiempo de Cristo. Los fariseos eran muy estrictos, en relación con las formas y ceremonias religiosas pues, todo lo que se veía, debía ser observado al pie de la letra; pero, sus vidas diarias

y privadas, estaban llenas de pecado. Cosa igual sucedía con los Puritanos. Ellos pensaban que, si una persona recibía la administración de todos los ritos y ceremonias, al pié de la letra, éste era salvo, no importando si fuera un pecador empedernido. Para ellos, las ceremonias eran indispensables, mientras que poco les importaba si vivían en pecado o no.

En Mayo de 1652, Jorge subió a la cumbre de un cerro de 1830 pies de altura, conocido como “Pendle Hill” y, en ese lugar, tuvo una experiencia extraordinaria, que ha sido siempre recordada por todos los Amigos. Dios le dio una visión clara del mundo que le rodeaba, porque tenía mucho pueblo que salvar en todos esos lugares. Fue un momento de inspiración e impulso hacia una gran labor misionera (The Rich Heritage of Quakerism, p. 13-14).



F. 7, Pendle Hill, Monte de la Visión.

Por ese tiempo, su prédica había tomado su curso formal, y el Señor había comenzado a colmarlo de fruto. Su tarea de predicación era,

mayormente, entre las personas que profesaban la fe cristiana, pero que estaban muy lejos de experimentar el poder salvador de Cristo en sus vidas. Al parecer, alguno podría pensar que ésa es una tarea mucho más fácil; sin embargo, debe verse, a continuación, algunas de sus experiencias, para que se aprecie más plenamente cuál era la situación.

En sus tres primeros años de ministerio, Jorge Fox, entendió con claridad el llamado de Dios de “volver a los hombres de las tinieblas a la luz, para que pudieran recibir a Cristo Jesús” (Through Flaming Sword, p. 26). Entre todas las sectas cristianas de su tiempo, no había una sola que predicara la liberación total del pecado, por medio de la obra expiatoria de Cristo y, por la misma razón, él creía necesario sacarles de su ignorancia, en lo relacionado con imágenes, ritos, cruces, rociamiento de infantes, el agacharse frente a los superiores y toda otra clase de formalidad mundana. Era necesario sacarles de la “comunión con el mundo”, para traerles a una verdadera “comunión con el Espíritu Santo”. Jorge nunca tuvo temor de tomar la palabra delante de cualquiera, para hablar contra el pecado. Un domingo por la mañana, escuchó las campanas de la “casa con campanario”, e inmediatamente entró para predicar contra la idolatría, las formas y las ceremonias. Les interrumpió el mensaje, para proclamarles que, así como los Judíos aceptaban las Escrituras, pero rechazaban a Cristo, también ellos, estaban aceptando las Escrituras, sin recibir al Cristo de quien ellas hablaban. Les habló de la necesidad de recibir a Cristo, y no solamente de estar en las reuniones religiosas. El resultado fue que, inmediatamente, los del concilio lo sacaron y metieron en un cuarto que hedía mucho. Ese hedor permaneció por muchos días en su garganta. Pero, mientras le tuvieron preso esta primera vez, logró un gran resultado de prisioneros convertidos a Cristo. Unos meses después, Jorge, hizo posible, a través de su confianza en Dios, la sanidad de una mujer que padecía de una enfermedad mental. Algunos médicos habían tratado de curarla mediante el proceso de “sangría”, pero había sido en vano. También él hace referencia a otros casos, en los cuales Dios lo usó en la sanidad de enfermedades físicas y mentales.

Su valor cristiano puede ser visto en este incidente: En Leicestershire, un hombre se le acercó con una espada puntiaguda en la mano, ante varios espectadores. Jorge le clavó una mirada directa y le dijo: “¡Hay de ti pobre criatura! ¿Qué podrás hacerme con tu arma carnal? Para mí no es más que una paja”. Todos los que miraban se sorprendieron mucho, y el hombre huyó encendido en ira.

Una vez en 1650, cuando oyó repicar las campanas, le parecía oírlas como una alarma de incendio. Preguntó qué clase de reunión podrían tener ese día de la semana, y le informaron que un coronel del ejército, que también era predicador, había llegado para darles una plática. Llevando a otros consigo, Jorge Fox llegó a la reunión, y comenzó a hablarles “lo que el Señor le había mandado”. Pronto, llegó un oficial, que lo sacó e interrogó por nueve horas. Fue aquí donde tuvo que enfrentar su nueva doctrina de “santidad” a las doctrinas calvinistas. Más tarde, les dijo que ellos no debían disputar con Cristo, sino obedecerle, y continuó dándoles el mensaje de santidad. Como consecuencia, lo enviaron a seis meses de prisión, por el “delito” de decir ser un hombre “santificado”. Su declaración la consideraron como blasfemia. Mientras estaba en la cárcel, les escribió a los ministros religiosos, exhortándoles que el Evangelio no es para disfrutar de comodidades ni ganancias. También escribió a los jueces, preguntándoles si sería justo mantener silencio a la verdad, y les exhortó a arrepentirse y caminar en justicia. Fue en esta ocasión que exhortó al Juez Bennett, de Dérby, a “temblar ante la Palabra de Dios” y, por ésta razón, éste les apodó, a él y sus seguidores, “Cuáqueros”; porque, “Cuáquero”, del Inglés “Quáker”, significa: “Temblador” (Through Flaming Sword, p. 27-28). Ése fue un nombre mal intencionado pero, el mismo, ha llegado a ser símbolo de pureza, utilizado para promoción comercial de cereales, leche, aceite y otros, debido a la

pureza que les caracterizó. En esa ocasión, el carcelero mismo que le cuidaba, se convirtió a Jesucristo.



F. 8, Púlpito de Jorge Fox

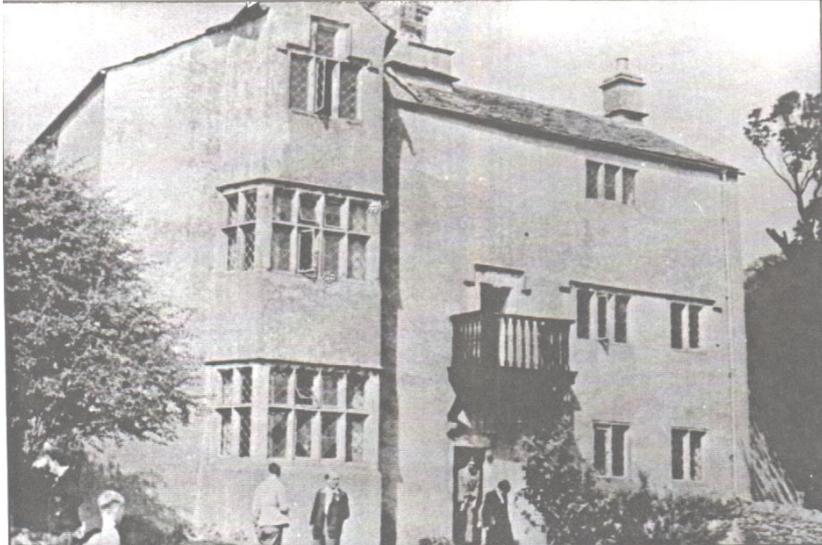
Jorge también acostumbraba predicar en los campos, hasta donde le seguía mucha gente para escuchar. Hay un campo en el cual se volvió costumbre que predicara. Él se colocaba en una parte alta, frente a una roca, que se le acostumbra llamar "el Púlpito de Jorge Fox", y toda la multitud se juntaba en la parte baja, para escuchar su mensaje.

En el área de Patrington, nadie le vendía comida, por lo cual, tuvo que pasar varios días sin comer. Pero, llegando a Tickhill, celebró un servicio muy bendecido entre los Amigos que ya se reunían en ese lugar. Después de ese servicio, se sintió guiado por Dios a ir a la "casa con campanario", donde el ministro estaba todavía reunido con la congregación. Entró y comenzó a hablarles del poder de Cristo para cambiar sus vidas, oponiéndose así a lo que enseñaban los puritanos. La reacción fue instantánea. Cayeron todos sobre él, y el ministro le golpeó en la cara con su Biblia, que era grande y tenía pastas de bronce (Through Flaming Sword, p. 31). La sangre comenzó a brotarle abundantemente, y le arrastraron hacia fuera, golpeándole con las Biblias

y cruces; le apedrearon, dejándolo tirado, enormemente manchado, por la abundancia de la sangre, y por la tierra (The Rich Heritage of Quakerism, p. 20). Su vida fue siempre de valor y sacrificio, cosa que hace recordar a la Iglesia primitiva, en la cual el Evangelio se presentaba a todos, sin importar cuál fuera la reacción de los pecadores. Jorge Fox fue forzado a guardar prisión por ocho veces, lo mismo que los demás creyentes. Fácil sería pensar en las cárceles del tiempo presente, pero, aquellas de Inglaterra, eran horribles. Casi todas tenían cuartos húmedos, sin piso, casi subterráneas, y no se les daba a los prisioneros para comer más que pan y agua, en cantidades racionadas. Una vez, tuvieron a Jorge Fox en un calabozo inmundos, en el cual no había ni siquiera un lugar en donde hacer sus necesidades fisiológicas, todo para aumentar la tortura.

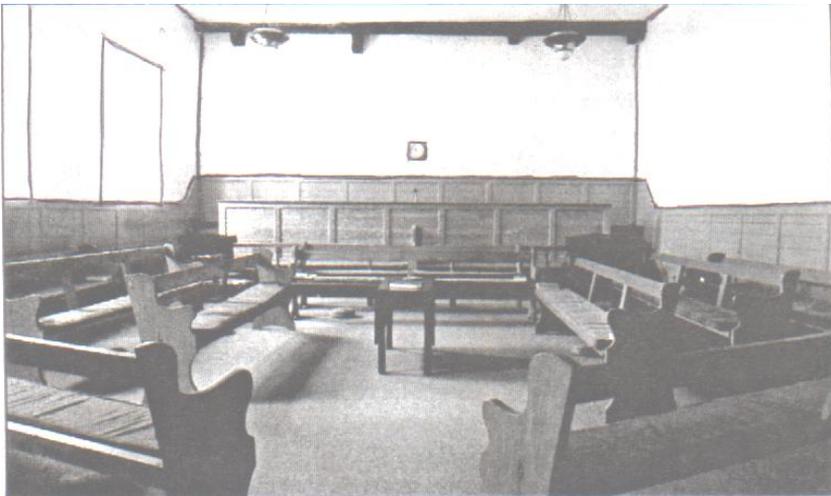
Pero, Dios estaba obrando a través de este nuevo movimiento. Una vez, Dios le abrió la oportunidad de platicar con un sacerdote, en casa del juez Tomás Fell, y sus palabras eran tan llenas del poder del Espíritu de Dios, que la esposa misma del juez, Margarita, quedó convencida, llegando, después, a ser una de las mujeres más valientes en predicar la Palabra de Dios con los cuáqueros (The Rise of the Quakers, p. 165). En un mundo de Cristianismo profesante y ritual, estaba surgiendo la Luz, de tal manera que, los hombres dejaran sus ordenanzas a un lado, para seguir a Cristo y obedecerle. Probablemente, la parte más central de su mensaje era lo que se puede leer en San Juan 1:9, que habla acerca de la Luz universal y salvadora de Cristo. Decía él: “El Espíritu habla a nuestros espíritus, y sólo aquel que es verdaderamente nacido del Espíritu, puede entender las cosas que son de Dios” (The Rise of the Quakers, capítulo III). El hombre, no necesita de sacerdotes, ni otras personas, para administrar ordenanzas externas sino, más bien, se debe dar libertad al Espíritu Santo, para que obre en los corazones. Aunque no se sabe si el juez Tomás Fell llegó a ser un Cuáquero o no, sí se sabe que él abrió las puertas de su casa llamada: “Swarthmore Hall”, y ésta llegó a ser el principal centro de reunión para los Amigos (The People Called

Quakers, p. 23), semejante a lo que hoy serían “las oficinas de la Junta Anual”.



F. 9,

Swarthmore Hall, sede del los Amigos primitivos.



F. 10, Casa de Reunión en Swarthmore.

La oposición siempre era muy grande, pero, a la vez, también su influencia crecía con rapidez. Además de esto, los “Cuáqueros” llevaban la gran ventaja, sobre sus adversarios, de que conocían bastante bien las Sagradas Escrituras, mientras que los otros no. Se dice que si la Biblia se hubiera perdido, Jorge Fox habría estado en capacidad de volverla a escribir de memoria.



(Vea el archivo siguiente.)